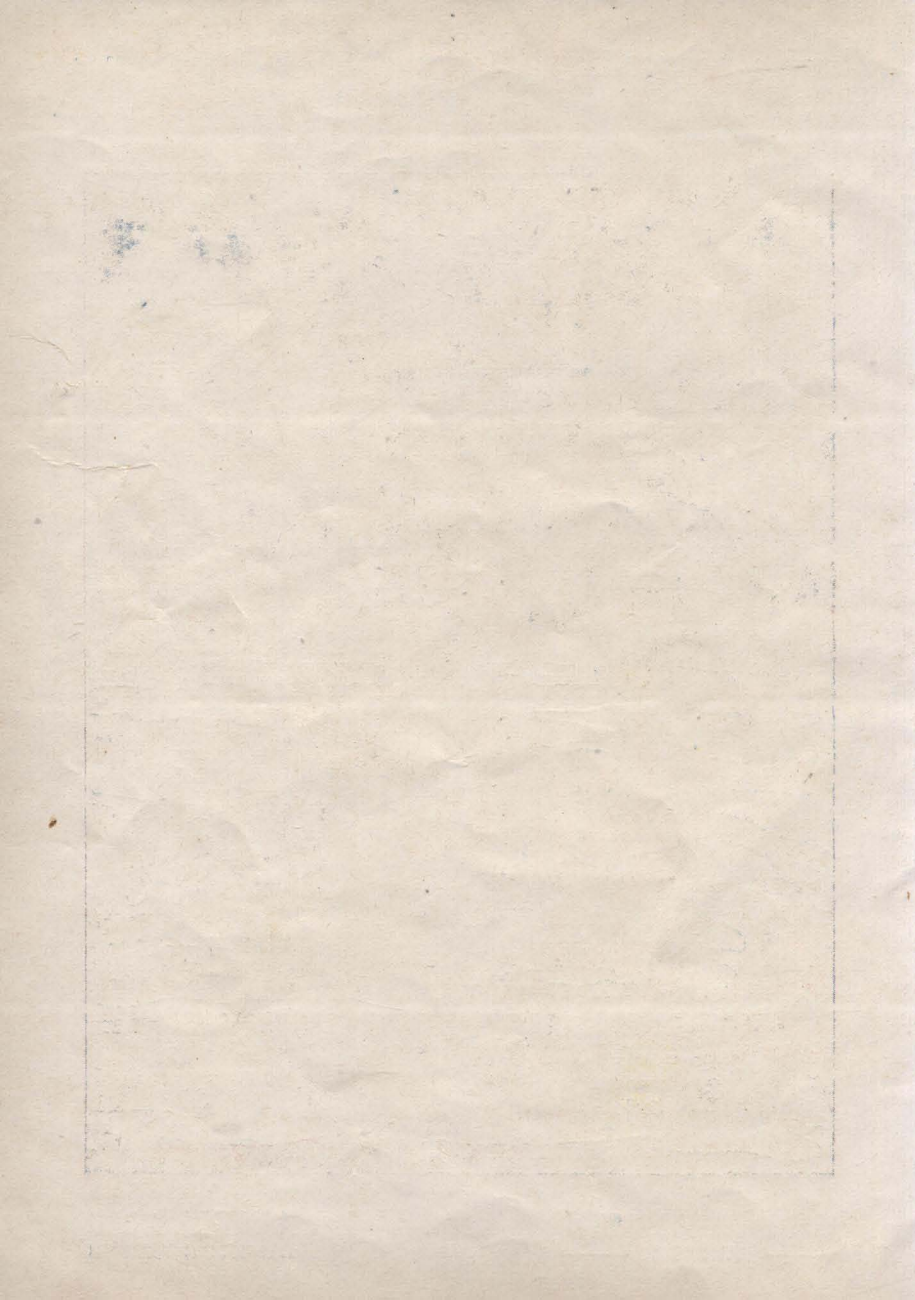


JUANITO y MARGARITA



JOSE BALLESTA
— EDITOR —

ALSINA 2006
BUENOS AIRES





Beto

JUANITO Y MARGARITA

En una casita situada al lado de un gran bosque, vivía un leñador, con su esposa y dos hijitos. Comienza nuestro cuento al atardecer de un hermoso día primaveral. Sentado a la puerta de su vivienda, el leñador descansaba de las faenas del día, sumido en profunda meditación.

Cerca de él jugaban Juanito y Margarita, los dos hijos fruto del primer matrimonio del leñador. Descalzos y cubiertos con pobres vestidos, eran sin embargo muy lindos y muy simpáticos. Juanito, el mayor, tenía un carácter decidido y

resuelto, en su hermanita, por el contrario, se advertía un carácter suave y reposado.

Los dos niños eran muy guapos y muy buenos. Querían muchísimo a su papá, y también querían a su madrastra, apesar de que ésta no era muy cariñosa con ellos.

Los dos niños estaban corriendo y jugando. Jugaban al escondite y ambos reían a carcajadas cuando encontraban al que se había escondido y si alguno de ellos se caía, al correr, huyendo de su perseguidor.

La ruidosa alegría de los niños, llamó la atención al leñador; dirigióles una tierna mirada y recomendándoles que tuvieran cuidado de no hacerse daño, se entregó nuevamente a sus reflexiones.

El leñador era un hombre de bien, muy honrado y que quería mucho a sus hijos. Tuvo la desgracia de perder a su primera esposa, con la que fuera muy feliz. Casóse nuevamente, mas no tuvo en este matrimonio la misma suerte que en el anterior, pues su segunda mujer era de muy mal carácter y no sentía hacia los niños cariño alguno; les reñía continuamente y ello era motivo para que los niños la temieran.

Para colmo de males, ese año hubo muy poco trabajo.

Durante un tiempo, el leñador pudo defenderse valientemente pero de poco tiempo a esta parte, la situación económica de la familia llegó a hacerse insostenible. Eso, unido al mal humor

creciente de su mujer, era la preocupación que afligía al leñador.

Aquella noche, después de acostar a los niños, el marido, dijo:

—Estoy preocupadísimo; no sé que va a ser de nosotros.

—No te atormentes — contestó la mujer — a grandes males, grandes remedios. Es preciso que nos desprendamos de los chicos.

—Jamás haré yo eso — replicó el leñador.

—Pues si no lo haces, moriremos todos de hambre — continuó la mujer — y no creo que ese sea un panorama muy risueño.

—No, no es muy risueño. Pero prefiero que muramos todos juntos, a tener el remordimiento de haber abandonado a mis pobres hijitos, — dijo el buen hombre. — Y si no quieres que regañemos, no me vuelvas a hablar de semejante infamia.

La mujer, ante la actitud airada de su marido, callóse; pero pensó que, cuando el hambre apretase más, el leñador se decidiría a dejar abandonados a los niños, con la esperanza de que alguna buena alma los recogiese.

Así pasaron varios días.

La mujer no perdía oportunidad de insistir en su propósito, más no lograba convencer a su esposo. Proponíale la mujer que llevara los niños al medio del bosque y que una vez allí los dejara entretenidos en sus juegos, prometiéndoles vol-

ver a buscarlos por la tarde. En cambio los dejarían abandonados a su suerte.

Así estaban las cosas, cuando una noche, en que atormentados por el hambre, los pequeños no podían dormirse, se enteraron de los planes de su madrastra, al través de una conversación que ésta sostenía con su padre.

Los niños comprendieron que estaban perdidos, y mientras Margarita sólo atinaba a llorar, Juanito imaginaba el plan que había de salvarles.

Se levantó de la cama, se vistió y abriendo la puerta muy despacio, para no ser oído, salió de la casa y se llenó los bolsillos con piedrecillas que brillaban como si fuesen de plata.

Volvió a la casa y se acostó nuevamente, no sin antes recomendar a su hermanita que no se afligiera ni tuviera miedo.

La pobre niña se consoló con aquellas palabras de esperanza, y ambos niños se durmieron con el sueño feliz de la inocencia.

A la mañana siguiente, la madrastra les despertó diciéndoles:

—¡Vamos, arriba, que tenemos que ir al bosque!

Los niños, se levantaron, sin decir ni una sola palabra de lo que habían escuchado la noche anterior. Así es que los padres se creyeron que los niños ignoraban sus terribles propósitos. Los niños se vistieron cantando y riendo, como de costumbre, para no dejar traslucir la pena y la preocupación que los embargaba.



SE LLENO LOS BOLSILLOS CON PIEDRECILLAS

Cuando estuvieron vestidos y listos para salir, la madrastra le entregó a cada uno un pedazo de pan, advirtiéndoles que era lo único que tenían para todo el día.

Iniciada la marcha, Juanito empezó a retardar el paso, procurando quedarse atrás, lo que hizo que su padre le preguntara que le sucedía puesto que habitualmente solía ir siempre saltando y corriendo delante de todos. Contestó Juanito que era debido a que se estaba despidiendo del gatito que estaba sobre el tejado de la casa, cuando en realidad lo hacía para ir dejando caer las piedrecillas por el camino, sin que nadie lo notara.

Llegados a lo más espeso del bosque, la mujer dijo a los niños que debían quedarse allí juntando leña, mientras ella acompañaba al leñador que debía derribar unos árboles bastante lejos de allí. Ellos regresarían a buscarlos antes de la noche.

El padre abrazó a sus hijos y se alejó no sin gran pena, seguido de su mujer. Los niños se pusieron a recoger leña y cuando se cansaron se sentaron a comer su pan.

Cuando llegó la noche y sus padres no fueron a buscarles, Margarita comenzó a llorar amargamente. Juanito trató de consolarla, disimulando el miedo que sentía, para no afligirla más.

Apareció por fin la luna y entonces, llevando de la mano a su hermanita Juanito inició el re-

greso, guiado para ello por el camino que él mismo señalara por la mañana con los guijarros que tirara de trecho en trecho, los cuales brillaban a la clara luz de la luna como si fuesen moneditas nuevas.

Siguieron aquellas huellas y caminaron durante toda la noche.

—¡Qué buena idea has tenido, mi querido Juanito! — le dijo la niña —. El haber buscado anoche las piedras, y haberlas ido dejando caer por el camino, ha sido nuestra salvación. ¡Gracias, hermanito, gracias!

—No te preocupes, — respondió el niño — ya sabes que yo soy un chico muy listo, así es, que mientras estés a mi lado, no debes tener miedo ninguno.

Y animándose el uno al otro con estas palabras, fueron pasando el camino, por demás largo y penoso.

Además que, como era de noche, tenían que caminar despacio, pues apenas veían donde ponían los pies.

Por la mañana llegaron a la casa y llamaron a la puerta. El padre salió a abrirles y su sorpresa fué tan grande como su alegría al volver a ver a sus hijos. La pena y el remordimiento no le habían dejado dormir en toda la noche.

La madrastra tuvo un disgusto enorme al ver a los niños, pero astutamente, disimuló sus sentimientos y aparentó gran alegría.

Por fortuna para los niños, su padre consiguió algún dinero con lo cual la situación de la familia no fué tan angustiosa.

Dichos recursos duraron casi un mes, pero cuando aquél dinero se agotó, se encontraron en la situación de antes, y volvió la mujer a proponer al pobre leñador que abandonara nuevamente a sus hijos en el bosque.

El padre luchó consigo mismo tratando de desech ar aquella sugestión y de hallar otra solución al asunto, pero al cabo cedió, como la primera vez.

Los niños que ya se habían dado cuenta de la falta de recursos, estaban alerta y antes de que amaneciese, trató Juanito de proveerse de guijarros como la vez anterior, pero la madrastra que algo sospechaba, había cerrado la puerta con llave, impidiendo que Juanito pudiera salir. Este regresó a su cama y tranquilizó a Margarita, diciéndole:

—No te apures que tengo otra idea y Dios nos ayudará.

Muy de madrugada se pusieron todos en camino hacia el bosque. Juanito se las arregló de nuevo para quedarse atrás; había partido en pedacitos el pan que le dieran e iba sembrándolos por el camino.

Cuando llegaron al centro del bosque la madrastra hizo a los niños la misma recomendación que la primera vez y se llevó casi a la fuerza al padre



LLEVANDO DE LA MANO A SU HERMANITA

que no se decidía a dejar sus hijos abandonados a merced de las fieras.

Cuando juntaron bastante leña, los niños se sentaron y Margarita repartió con su hermano el pedazo de pan que quedaba.

Llegó la noche, pero nadie se presentó a buscarlos. Margarita se asustó mucho, pero no así Juanito que aguardaba que saliera la luna para emprender el regreso guiado por los trocitos de pan que dejara caer por el camino.

Salió la luna y comenzaron los chicos a buscar las migajas, pero fué en vano; durante el día los pájaros se las habían comido.

Excuso decirlos la pena y la desesperación que se apoderó de los hermanitos al ver que ya no tenían forma de volver a su casa.

Margarita, principalmente, estaba desolada. Lloraba sin consuelo, y abrazada a su hermanito se lamentaba, con frases doloridas, de la mala suerte que tenían, al verse abandonados en el bosque y a merced de las fieras.

Trataba Juanito de consolar a su hermanita, diciéndole que Dios no los abandonaría en ese trance y que ya encontrarían el camino.

Cogidos de la mano los dos niños echaron a andar y por fin hallaron una senda que ellos siguieron pero que desgraciadamente los alejaba de su casa en vez de llevarlos a ella. Por último, rendidos por la fatiga se acostaron sobre el césped y se quedaron dormidos. Al amanecer se despertaron y se hallaron perdidos y con hambre. Juanito

trepó a algunos árboles y recogió algunas frutas silvestres, con las cuales aplacaron en parte su apetito.

Más animados, reiniciaron su marcha, pero por más vueltas que dieron, no lograron encontrar el camino de su casa, consiguiendo únicamente extraviarse cada vez más. Así anduvieron tres días; en la mañana del tercero divisaron una casita blanca y a ella se dirigieron en busca de abrigo.

Cuando llegaron a ella, vieron con sorpresa que las paredes eran de turrón, espolvoreado con azúcar, que hacía las veces de yeso.

Juanito, arrancando unos pedacitos de turrón y otros de azúcar se los dió a Margarita para que los comiera, como recompensa de las angustias y fatigas pasadas.

Al tiempo que se abría la puerta, una voz preguntó:

—¿Quién come mi azúcar, quién masca mi turrón?

Los niños se quedaron sin saber qué decir ni qué hacer.

Abrióse por completo la puerta y por ella asomó una vieja, muy vieja. Era alta, muy alta, y llevaba un vestido muy roto, deshilachado y sucio. Tenía la cabeza cubierta por un mugriento pañuelo, anudado en la frente con un lazo, por debajo del cual asomaban sus cabellos. Estaba muy flaca y su nariz era muy larga y ganchuda, como la de un loro.

Asustados, los niños dejaron caer las golosinas, pero en vez de regañarlos como ellos esperaban, la vieja les sonrió y los invitó a entrar, pues los niños, decía, le gustaban mucho.

Sin advertir los largos dientes que tenía la vieja, los niños entraron sin temor a la casa, y una vez dentro, la vieja les convidó con pasteles, frutas y riquísimos bombones.

Después les mostró la casa, que era muy bonita y muy alegre.

Salieron al corral y gozaron viendo las muchas aves que le poblaban. Por fin les llevó a la habitación que les había destinado; era muy clara y tenía una ventana que daba al bosque; en ella había dos camitas preciosas y muy limpias.

Juanito y Margarita que nunca habían visto nada semejante, creían hallarse en el Paraíso. Se acostaron impresionados aún por los sucesos que acababan de ocurrirles, pero era tan grande su cansancio, que no tardaron en quedarse dormidos.

Aquella vieja era una ogresa que había hecho su casa de turrón y azúcar, como cebo para atraer a los niños y devorarlos. La endiablada mujer se relamía anticipadamente de gusto al pensar en los succulentos festines que la suerte le había deparado al llevar aquellos niños a su casa.

Como los notara bastante flacos a ambos niños, resolvió esperar unos días, pensando que mientras tanto podría cebarlos convenientemente, a fin de que engordaran.

Por la mañana, con la promesa de mostrarles algo que aún no habían visto, los llevó al corral y una vez allí, de un empujón metió a Juanito dentro de una jaula que ya tenía preparada, y cerrando ésta con llave, cambiando repentinamente de modales, se puso a ordenar a gritos a Margarita, que fuera a la cocina a hacer la comida y que le llevara una ración abundante a su hermano, pues quería que engordara para comerse-lo.

La pobre niña se puso de rodillas y le pidió a la vieja que perdonase a su hermano, pero ésta la amenazó con matarla y comerla antes que a Juanito si no la obedecía en el acto.

Margarita, muerta de miedo, corrió a la cocina y se puso a ayudar a la vieja en sus tareas. Cuando terminaron de guisar el almuerzo, la vieja llevó por sí misma la comida a Juanito, quien pese a la situación en que se encontraba, comió con muy buen apetito. Margarita en cambio, apenas probó bocado; tal era su susto y su congoja.

Pasados unos días y como creyera la vieja que el niño ya estaría grueso y rollizo, pidió a éste que le mostrara un dedo a través de los barrotes de la jaula. La vieja, a causa de sus muchos años, ya no veía muy bien y Juanito que se había dado cuenta de ello, pensaba aprovechar esta circunstancia para tratar de burlarse de la malvada bruja.

Por ello, en lugar de mostrarle un dedo, pasó entre los barrotes de la jaula, uno de los huesos del pollo que le habían servido el día anterior.



LOS TRANSPORTO A LA OTRA ORILLA.

—Sigue muy delgado — dijo la vieja. — parece mentira que no engorde comiendo tanto.

Decidió dejar pasar unos días más; cuando había transcurrido casi un mes, decidió no esperar más. El día siguiente era el de su santo y resolvió por tal motivo darse un banquete, estuviera Juanito gordo o flaco.

Como también quería tener pan fresco, ordenó a Margarita que preparara la masa y encendiera el horno.

Esta, pasó la tarde amasando y cuando estuvo lista la masa encendió el horno. La vieja preguntó a Margarita si ya estaba a punto el horno, a lo que ésta contestó que no lo sabía.

—Pues entra en él y dime si está ya caliente.

Al decirle esto pensaba la vieja que podría asar a Margarita, aprovechando que esta entraría al horno. Sin embargo, fué tal la cara de alegría que puso al pensar en esto, que la niña adivinó las intenciones de la vieja y por ello contestó que ella no alcanzaba a la boca del horno.

La ogresa se ofreció a enseñarle cómo debía hacer para lograrlo; tomó una silla y desde ella se encaramó a la puerta del horno. Cuando quiso bajarse, Margarita, reuniendo todo el coraje y las fuerzas de que era capaz, la tomó de las piernas, la arrojó dentro del horno y cerró la puerta de éste con el cerrojo. La vieja comenzó a gritar y ofreció a la niña y a su hermano, la libertad y muchas otras cosas tentadoras, pero la niña ni si-

quiera la escuchó. Lo primero que hizo fué liber-
tar a Juanito y abrazarlo, loca de alegría.

La infame ogresa que era la última de su casta,
murió quemada y los niños pudieron respirar tran-
quilos, después de tantos días de zozobra. Reco-
rrieron la casa y llenaron sus bolsillos con parte
de las grandes riquezas que en ella había. Llena-
ron un cesto con provisiones y salieron, resueltos
a encontrar el camino de regreso a su casa.

Llegaron a la orilla de un río que no hubieran
podido cruzar de no haber sido por un hermoso
cisne que uno por uno los transportó a la otra
orilla. Cuando lograron abandonar el bosque, en-
contraron un buen hombre que les indicó el cami-
no que debían seguir y así llegaron a su casa. En-
contraron a su padre que, desconsolado por la pér-
dida de sus hijos maldecía el haber seguido el con-
sejo de su mujer. Esta había muerto hacía poco
de resultas de una fuerte caída que sufriera.

Padre e hijos se colmaron de caricias y estos
entregaron al padre las riquezas que habían traí-
do y juntos vivieron felices muchos años.

* FIN *

SC
WJ
C-LAN
04

La Alegría de los Niños

SERIE SEGUNDA

Premio y Castigo

Blancanieve y Rojaflor

Los Cabritos y el Lobo

El fiel Juan

Los cuatro talismanes

La princesita de las
trenzas de oro

La viejecita de los gansos

El pájaro Grifo

La escoba encantada

Juanito y Margarita

La leyenda del corzo

El anillo perdido

Genoveva de Brabante

Rosa de Tanemburgo

La zorra agradecida

Un día de felicidad

La Cruz de madera

El niño perdido

La Virtud premiada

El Canario

CADA TOMITO 10 Centavos.